

La sala Sor Juana

Ebert Calzada Ortiz



Image not found.

Capítulo 1

El teatro de los sueños

Por Ebert Calzada

I

Esa mañana la luz se iba abriendo paso lentamente en la oscuridad del cielo, había neblina y el bullicio de la ciudad comenzaba a hacerse presente. El despertador de Edgar comenzó a sonar a las 5:00 a.m. pero tuvo que pasar media hora para que fuera silenciado por él. No quería levantarse pero sabía que no podía faltar a la escuela, debía estar ahí costara lo que costara, así que con mucho pesar se apeó de la cama y se metió al baño para ducharse con la esperanza de que el agua le quitara el amodorramiento propio del sueño matutino.

Mientras se bañaba comenzó a cantar una canción de Foo Fighters algo extraño en él ya que no era fan de esa banda, podría decirse que le desagradaban en grado sumo, sus gustos estaban en otro sitio con bandas como Opeth, The Mars Volta y Pink Floyd, sin embargo, desde que empezó el semestre varias cosas cambiaron en él. Ya no vestía de negro todo el tiempo, arreglaba su cabello para que su rostro se viera más, se rasuraba la barba y el bigote, se ponía bastante loción, trataba de lucir arreglado y se esforzaba por hablar con más personas en su salón. Todos notaron el cambio que experimentó su apariencia y también sabían la razón por la cual se estaban operando dichos cambios, la razón como es de esperarse en un adolescente de 16 años era que se había enamorado perdidamente de una chica, en este caso, de Sam González que iba en su salón y con la cual conviviría por espacio de un año según las normas del CCH.

Salió del baño con una sonrisa en la cara la cual llevaba más de un mes instalada en su rostro, algo que solía inquietar a sus padres y sobre todo a sus amigos, pero todos trataban de entenderlo pues sabían que esa chica de cabello café, piel morena, ojos claros y alta no dejaba de estar presente en la mente de Edgar. Se cambió y peinó para lucir guapo frente a Sam.

Ya en la cocina listo para desayunar echó un vistazo al reloj, aún tenía tiempo, eran las 6:00 a.m. y debía salir a más tardar media hora después. Comió su cereal y un pedazo de pan, luego fue al baño a lavarse los dientes y por último se despidió de sus padres los cuales ya se estaban levantando, trató de escapar del ritual de besos típico de su mamá pero no lo logró. Salió de su casa con los audífonos y su chamarra de piel, iba escuchando a Opeth pero apenas y prestaba atención a la música, su

mente estaba en otra parte, estaba con Sam.

Tomó el metro de las 6:30 a.m. que como era costumbre iba repleto de gente, no le importó, su mente seguía en otro mundo. En otro tiempo Edgar se habría puesto a mirar el amanecer o a leer el libro que tuviera en turno pero desde que había iniciado el semestre y había visto entrar a Sam en el salón no dejaba de pensar en ella, de alguna forma increíble esta chica se le había metido hasta lo más profundo de su ser. Él mismo no daba crédito, sin embargo, sus padres y sus primos mayores lo veían como el caso típico de enamoramiento juvenil.

Así pues esa mañana, con sus audífonos iba pensando en ella, la verdad era que se perdía en sus fantasías como cualquiera lo hace cuando se siente profundamente atraído hacia alguien, sin embargo había un problema que no aparecía en todas las fantasías y era que no le había hablado una sola vez. Esto se debía a que Edgar era un chico taciturno e introvertido, la confianza no era algo que lo definiera, si hubiera que elegir un conjunto de palabras que lo describieran a la perfección eran: tímido, serio e inseguro. Dichas cualidades le hacían difícil el pensar en un acercamiento a Sam, todos sus amigos le decían que le hablara, que si iban en el mismo salón las cosas serían más fáciles, pero la verdad era que a él no se le ocurría una forma de hacerlo, todas las formas de hacerlo se le hacían inconcebibles, absurdas, tontas y obvias. Este era un problema que trataba de resolver sin embargo, no encontraba una solución con lo cual prefería ponerse a fantasear.

El viaje en el metro transcurrió sin ningún inconveniente y pudo llegar a tiempo al CCH. Se dirigió al edificio M donde tendría su primera clase la cual era "Matemáticas III", entró en el salón y descubrió que ya varios de sus compañeros habían llegado saludó a los que les hablaba y se sentó hasta atrás. Para ese momento la luz anaranjada del sol empezaba a entrar por las ventanas y las sombras de los árboles de jacarandas se proyectaban sobre el piso. Los salones en ese edificio eran bastante fríos y ruidosos por la cercanía de la avenida Aquiles Serdán, lo que ocasionaba que los profesores cerraran tanto las puertas como las ventanas a la hora de empezar la clase, cosa que beneficiaba a todos en la mañana pues se lograba guardar un poco el calor.

En su lugar de atrás Edgar temblaba, no sabía si se debía al frío o al nerviosismo de ver entrar a su amada, así que empezó a respirar hondo cerrando los ojos pero sin grandes resultados, en eso estaba cuando se vio sacudido por una mano, por un momento se sintió molesto pero al ver que era su amigo Iván se relajó y dio gracias a dios ver una cara conocida en esa mañana tan fría.

-¿Ahora meditas en los salones? -inquirió Iván levantando una ceja en

sentido burlón-

-Eso a ti no te importa, así que sáquese –contestó Edgar riendo-

-Así que con estas estamos, uno que trata de darte los buenos días...

-Pues si el sacudir a alguien es tu forma de dar buenos días eres un maleducado

-Uyyyyy pues perdón

Ambos se miraron y se echaron a reír, la razón de hacerlo era boba pero cuando uno tiene 16 años aún se le permite reír por muchas cosas bobas y sin sentido. Iván se sentó a lado de su amigo en la mesa compartida. Tiempo después sus otros amigos, Brayan y Mario se les unieron en las risas y bromas. El bullicio del salón y de los pasillos fue en incremento mientras sus demás compañeros y chicos que iban a sus clases en salones aledaños fueron llegando.

Casi nadie notó cuando Sam llegó salvo Edgar que paró de reír y se quedó como un bobo viéndola, ella como siempre no lo notó, saludó y abrazó efusivamente a su mejor amiga y se sentó a platicar con ella. Poco después apareció el maestro de Mate, un tipo robusto y moreno, no muy alto, usaba lentes y su pelo era chino, lo tenía corto. No era agradable, su clase era más que aburrida pero todos querían pasar, la posibilidad de deber materias aún estaba lejos de la mente de los alumnos del 368A.

Ese día transcurrió como cualquier otro, todos entrando a clases, comiendo si los dejaban salir antes y yendo a casa antes de las dos. Edgar seguía pensando en Sam y sus amigos mantenían la idea de que si él no le hablaba a ella lo obligarían a hacerlo.

II

Entre los chicos del CCH existe el dicho de que aquello que no sale cuando estás consciente se muestra cuando estás ebrio. Este dicho aplica en muchos casos tales como: para saber la verdadera forma de ser de tus amigos, para admitir algo que de otra forma no podrías, pero sobre todo cuando no puedes hablar con la chica que te gusta, en ese caso el alcohol con su efecto relajante suele llevarte a realizar lo que de otra forma no harías. Muchos dirían que no es nada bueno hablarle a la chica que te gusta en tal estado, pero parece ser que entre los chicos de preparatoria eso no es relevante, lo relevante es poder hacerlo y justo eso es lo que tenían en mente los amigos de Edgar cuando empezaron a planear una fiesta de día de muertos en la cual su amigo podría entablar conversación con Sam

La fiesta fue anunciada con mucho clamor en la última hora de un viernes, en el edificio P, al término de la clase de Taller de Lectura y Redacción III. Todos recibieron la noticia gratamente pues existía una convivencia un tanto extraña en el grupo y con extraña no me refiero a roces o miradas desdeñosas sino fraternidad y amistad cordial. Varias veces habían conseguido alcohol –todo un logro para menores de edad- y habían ido a beber a los alrededores del CCH sin mayor consecuencia. En esas ocasiones nunca hubo altercados ni tampoco discusiones acaloradas, sino baile y risas, con lo cual los amigos de Edgar consideraron adecuada y acertada la idea de organizar una pequeña celebración por día de muertos.

Con la fiesta anunciada y los comentarios acerca de lo que podría hacer en ella por parte de sus amigos, Edgar empezó a sentir mucha ansiedad de que llegara el 31 de Octubre y realmente le hubiera sido imposible soportar la espera si no hubiera sucedido algo extraordinario un par de semanas antes.

Un día airoso y frío de Octubre llegaron a Inglés III pero el maestro no estaba en el salón, al inicio todos se alegraron pues pensaron que no tendrían clase pero en seguida llegó una chica que parecía ser de quinto semestre y les anunció que el profesor Raúl los esperaba en la sala Sor Juana Inés De la Cruz donde se llevaría a cabo un concierto de música clásica. Como es de esperarse la mayoría protestó y algunos propusieron matar la clase, pero sabían que si lo hacían el profesor los reprobaría a todos con lo cual se decidieron a ir.

Mientras iban caminando hacia la sala Iván iba quejándose:

-Pero ¿qué le pasa al profe? Seamos sinceros esa música solo la escuchan los ancianos.

-Jajaja y los que se creen muy intelectuales, es música súper aburrida- dijo Mario-

-Sí, la música clásica es demasiado aburrida ¿no lo crees Edgar?

Pero Edgar no respondió, al menos no inmediatamente, esto se debía a que seguía con la mirada a Sam que ese día lucía espectacular con un pantalón negro ajustado y un suéter rosa corto que dejaba ver la parte baja de su espalda. La verdad era que él podía haberse mantenido hipnotizado todo el día si Brayan no le hubiera dado un ligero golpe en la nuca.

Edgar se volvió con una mirada furiosa a su amigo y le dijo:

-¿Qué te pasa maldito infeliz? ¿Por qué me pegas?

-Pues pareces un idiota ido mirando a Sam, viejo no está bien eso.

Por un momento sus amigos pudieron leer en los ojos de su amigo un atisbo de vergüenza.

-Lo lamento, no sé lo que me pasa, simplemente me voy- dijo Edgar en un tono de arrepentimiento que delataba las más profundas ganas de hablar con aquella chica-

-Lo sabemos-dijo Brayan- pero debes ser más discreto y no verla todo el tiempo, pareces un acosador de mala muerte y eso no suele agradar a nadie, da las gracias que no se ha dado cuenta porque sino ahora mismo estarías en graves problemas.

-Ya sé, solo que no logro controlarme, prometo ser más discreto y estar atento a lo que dicen.

-Por mi podrías ignorarnos todo el tiempo- interrumpió Iván- Al fin y cabo parece que tenemos un amigo idiota y puede que resulte divertido, podríamos lanzarte el balón y apenas te darías cuenta, eres como un zombi.

Y comenzó a imitar a un muerto viviente haciendo caras y gestos, todos empezaron a reír y si en algún momento uno de ellos se había sentido molesto al instante se borró todo rastro de aquel ligero pleito.

-¿Entonces la música clásica es para vejetes?-siguió en el mismo tono quejumbroso Iván-

-Pues no realmente-contestó finalmente Edgar- Es bastante entretenida si sabes escucharla. La música clásica requiere entrenamiento y paciencia, no puedes esperar que te guste a la primera o que puedas decir que la disfrutas como lo haces con Rihanna o con Beyoncé. Esta música requiere de tu atención, de tu imaginación, puede llevarte a lugares remotos o cercanos, a emociones nunca antes sentidas, todo depende de ti. Había un filósofo que creía que la música era capaz de generar imágenes, pero no recuerdo bien su nombre.

-Yo diría que tu eres ese filósofo amigo-dijo Brayan-Nunca pensé que pudieras sermonearnos sobre la música clásica, pensé que te era indiferente, ¿cómo sabes eso?

-Pues hace algún tiempo solía ver un programa donde explicaron eso, tampoco tengo a la mano el nombre del mismo pero decía que podías disfrutar de la música si jugabas con tu imaginación y visualizabas cosas que te sugirieran los tonos y el ritmo. Lo demás lo supe leyendo algunos

libros e investigando en internet.

-Vaya, vaya, no solo nuestro amigo es un acosador sino también un entendido en música clásica-dijo Mario en tono burlón-

-Y no sólo eso, tenemos al sujeto más hablador y burlón del mundo -dijo Edgar- lástima que no hace reír ni a su prima.

Y de nuevo Edgar, Mario, Brayan e Iván soltaron carcajadas tan fuertes que hicieron que sus compañeros se voltearan, entre ellos Sam quien mantuvo contacto visual con Edgar por unos segundos y luego siguió caminando dándole la espalda.

-Todos vuelvan a lo suyo, aquí solo hay puro chiflado -dijo Mario poniendo un dedo en su sien derecha y dándole vueltas como si algo girara dentro de su cabeza-

Los demás compañeros de su grupo siguieron su marcha hacia la sala y los amigos siguieron bromeando y riendo, ninguno mencionó que Sam se había vuelto a ver a Edgar y la verdad es que no hacía falta, su amigo tenía una sonrisa que podría durarle de por vida.

III

Las últimas semanas Edgar no había dormido bien, esto se debía en parte a la ansiedad que sufría por pensar en que por la mañana vería a Sam y por las constantes pesadillas que experimentaba. Nunca se había sentido tan espantado por los sueños, todos estaban llenos de los miedos más profundos que uno se pueda imaginar, cualquiera podría pensar que soñar que te ven desnudo o que vas en calzoncillos a la escuela es lo peor que puede crear el subconsciente pero no, a Edgar lo acosaba el miedo más arcaico de la humanidad: el temor a la muerte.

Hubo una época en que todas las noches leía novelas de terror de Stephen King, Arthur Machen, Lovecraft, Bram Stoker y Mary Shelley. En aquellas noches experimentó pesadillas leves, las cuales disfrutaba pues le hacían sentirse en cercanía con los autores, con la locura con la que narraban y describían personajes, lugares, monstruos y demás horrores, sin embargo, ahora no soportaba leer nada de eso, le provocaba un pavor inmenso pues sus pesadillas ahora eran más fuertes y terribles, siempre despertaba rezándole a dios porque no volviera a soñar con algo así, a veces dios parecía escucharlo, a veces no y la secuencia del sueño seguía a pesar de haber sido interrumpido. Otras veces se sentía caer en un abismo, un abismo de locura del cual sentía que no podría salir jamás y que nadie, ni siquiera sus amigos, sus padres o dios podrían sacarlo de ahí, que estaría para siempre solo en ese agujero, sin ayuda de nadie, sin

poder mirar de nuevo la luz de la cordura y la compañía.

Esto nadie lo sabía, ni siquiera sus padres aunque lo adivinaban porque el año pasado, justo después de haber empezado el segundo semestre del CCH la abuela paterna de Edgar murió de leucemia. Eso le había afectado más que a nadie pues mantenía un vínculo muy cercano con ella, siempre le llamaba o la iba a ver cuando sus padres lo dejaban. Su muerte fue un duro golpe para un chico de 15 años que comenzó a cuestionarse seriamente el valor de la vida.

Edgar muchas veces hizo acopio de mucha valentía para enfrentarse a las criaturas grotescas que describían Lovecraft o King, pero cuando la muerte se le presentó se sintió desfallecer, la muerte era el enemigo más grande y más horroroso que alguna vez imaginó. Alguna vez leyó que Lovecraft dijo que el miedo más primitivo del hombre es a lo desconocido y puede que fuera verdad, la muerte era lo más incomprensible que se le ha presentado al ser humano, nunca piensa en ella, siempre la evita y cuando finalmente se presenta todos se vuelven locos y se desmoronan, nadie soporta la idea de que morirá y que esta vida como la ha vivido acabará.

Todas estas cosas comenzaron a rondar por la cabeza de Edgar y le resultaba imposible alejarlas por completo, solo el pensar en que podía estar en una relación con Sam parecía aminorar el terror de la muerte, sin embargo el sabía que solo estaba huyendo de la verdad, la terrible verdad que no dejaba de señalarle que un día iba a morir. Cuando esto se le instaló en la cabeza con una crudeza insoportable todos sus sueños también adquirieron ese carácter y fue que dejó de leer novelas de terror y empezó a cabecear en clases y en el transporte, todos los que llegaron a observarlo lo atribuyeron al horario matutino de las clases, pero la razón era otra.

IV

La sala Sor Juana es una de las dos salas en el CCH utilizadas para eventos culturales, sobre todo representaciones teatrales, conferencias y algunos conciertos de conjuntos que traían los profesores para que los alumnos pudieran apreciar otro tipo de música. Dichas salas no eran especialmente grandes y tenían cabida para al menos 80 personas sentadas y otras 20 paradas. Las butacas donde se sentaban los alumnos miraban hacia el escenario en el cual había un podio donde solía subirse un profesor a presentar su evento.

El día que Edgar y sus amigos entraron en la sala se percataron de que no había mucha audiencia, las butacas de las primeras filas estaban vacías salvo las que ocupaba su profesor de Inglés III y una maestra que no conocían pero que suponían era la que había planeado el concierto. Todos sus compañeros se esparcieron por la sala en pequeños grupos, el de

Edgar como era su costumbre se sentó hasta atrás y entre murmullos y risas esperaron a que comenzara el evento.

A diferencia de otras ocasiones Edgar no miraba a Sam, esta vez su atención se centró en los cinco ancianos que había en el escenario. Vestían de frac y parecían ser más viejos de lo que en realidad aparentaban, se movían con la cautela propia de una persona mayor. Todos tenían los ojos hundidos y negros y como si hubieran salido de un cuento de terror eran altos y blancos, con una palidez fantasmal en su semblante, sin embargo y a pesar de ello, las risas y murmullos de los jóvenes en esa sala no cesaban.

Cuando la profesora se subió al podio y pidió silencio todos lo hicieron sin chistar. No presentó a los músicos y solo dijo que tocarían algunas piezas de Niccolò Paganini. Acto seguido bajó del escenario y se sentó en primera fila, Edgar en ese momento pudo sentir algo, un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

V

No supo cuando las cosas se empezaron a distorsionar, de hecho le parecía que estaba soñando, que todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor no eran más que imágenes creadas por su subconsciente, pero como fue pasando el tiempo descubrió que no, que esto era tan real que si tocaba algo de lo que veía era seguro que podría sentir su solidez.

Los violines de los ancianos comenzaron a sonar y al paso de los segundos Edgar comenzó a ver como las notas que emitían los instrumentos se materializaban en el aire, cambiando de colores, del verde al rojo, del rojo al amarillo, al azul, al naranja, al violeta y después se esfumaban como si fueran hechas de humo. Todo esto lo desconcertó mucho y miró a su alrededor pero todos tenían los ojos cerrados como si estuvieran dormidos mientras que los ancianos que tocaban miraban al piso. Sus dedos se movían rápidamente hasta el punto de que solo eran una imagen borrosa, era como si la velocidad a la que iban no pudiera ser alcanzada con la vista humana.

De repente las luces empezaron a parpadear hasta que se apagaron totalmente, en ese momento Edgar comenzó a experimentar un vértigo indescriptible, se sentía caer en el abismo que tantas veces había soñado, sentía que su piso se movía, que dejaba de existir, que todo a su alrededor se desmoronaba, todo se volvía oscuro, pero entonces vio como las notas que parecían compuestas de humo aparecían de nuevo en esa oscuridad, eso comenzó a calmarlo, la música que no había parado en ningún momento lo comenzó a tranquilizar y poco a poco la luz fue apareciendo de nuevo, solo que no era amarilla sino naranja, como la del crepúsculo, las notas desaparecieron y Edgar se halló en un campo rodeado de una maleza negra. A su alrededor había algunas rosas rojas

pero no tenían espinas y a lo lejos en el horizonte pudo divisar una ciudad con techos puntiagudos como las iglesias góticas. El aire que respiraba en aquel lugar era agradable, el aroma de las rosas lo inundaba todo y el viento lo rozaba de tal forma que más bien parecía acariciarlo.

Por momentos pensaba que estaba soñando, que solo era un efecto secundario producido por sí mismo para calmarse y poder conciliar el sueño que le había sido arrebatado últimamente, pero al tocar la maleza y las rosas le pareció que eran más reales de lo que pensaba, el roce era agradable y extasiante. Miró hacia todas direcciones y el paisaje era lo mismo, una extensión infinita de rosas y maleza negra abovedadas por un cielo naranja que brillaba con una majestuosidad sublime.

Decidió que era buena idea recostarse y mirar el cielo, al hacerlo pudo sentir la presión de las flores y la maleza, pero no sentía molestia alguna, parecía que se adecuaban a su cuerpo para constituir una cama suave.

De repente pudo ver en el cielo como unas nubes casi transparentes lo empezaron a surcar, formaban imágenes extraordinarias de criaturas de cuentos de hadas como unicornios, hipogrifos, pegasos, cada figura cambiaba de acuerdo al tono o ritmo que llevara el violín, pues en todo ese tiempo no había dejado de sonar la música y Edgar se sentía extasiado totalmente.

En los momentos en que se llegaba a hacer el silencio por el termino de las piezas Edgar sentía que volvía a la sala, hasta le parecía ver entre las nubes a sus amigos y compañeros con los ojos cerrados, pero cada vez que la música del violín se volvía a hacer presente todo eso se borraba para dar lugar al cielo anaranjado a través del cual las nubes que formaban criaturas extraordinarias iban y venían.

Después de un rato sintió que algunas personas se acercaban hacia donde él estaba, se incorporó asustado pero vio que no le hacían caso, parecían estar prestando atención a otra cosa, a algo que parecía estar a su espalda y que era al lugar al que se dirigían esas personas. Pudo ver que vestían de una forma muy extraña, todas iban vestidas como se solía usar en los tiempos de la revolución, con sombreros, carretes, ropa de campesino o pantalones y botas de charro, los hombres llevaban bigotes y las mujeres trenzas y faldas largas. Todos, absolutamente todos iban armados, en sus rostros se podía ver la preocupación y el temor, Edgar comenzaba a tener miedo, así que se volvió hacia donde se dirigían todos y vio una mancha negra que se iba haciendo más grande hasta tener la forma de una puerta, fue que empezó a experimentar de nuevo la sensación de vacío y caída en el abismo infranqueable, algo en su interior le decía que era mejor salir de ahí pero se sentía totalmente congelado, las personas vestidas al estilo de la revolución mexicana pasaban a su lado y ni siquiera le prestaban atención, era como si no estuviera ahí

realmente.

La mancha fue transformándose hasta que finalmente adquirió la forma de una puerta y se materializó, en ese momento los violines que se habían mantenido en un ritmo acelerado y vehemente se silenciaron, entonces se escuchó una carcajada siniestra que procedía de la puerta la cual se abrió de par en par y salió de ella un hombre –si es que lo era- vestido de charro, medía al menos dos metros y toda su vestimenta era negra, lo poco de su piel que se podía ver era de una palidez mortal, sus ojos debajo del sombrero de ala ancha brillaban como flamas de una hoguera infernal y la sonrisa que esbozó dejaba a la vista unos dientes tan puntiagudos y afilados que cualquier tiburón se habría quedado corto. Las personas que se habían congregado alrededor del charro negro estaban paralizadas y justo cuando se escuchó el primer disparo de carabina la música continuó su curso y con ello la imagen se vio cortada por una nube oscura que de nuevo transportó a Edgar a una oscuridad donde las notas de colores iban y venían, sin embargo ya no le causaban ningún tipo de tranquilidad, aquel charro negro había hecho que la visión que hasta entonces había tenido y le había parecido agradable ya no lo fuera.

La oscuridad y las notas se mantuvieron un poco más hasta que la luz fue volviendo y con ella la sala Sor Juana con todos los que escuchaban el concierto de violín. Cuando la música acabó y Edgar se halló en su butaca rodeado de sus amigos sintió un gran alivio. La verdad era que todo aquello le parecía un sueño y de verdad pudo haber sido de esa forma si no hubiera sentido que algo le molestaba en su cabello, al tocarlo sintió que era suave y al removerlo totalmente pudo ver que era un botón de rosa roja, como las que había visto en aquel campo de maleza negra, no se explicaba cómo algo así era posible, comenzó a temblar.

Su amigo Brayan que estaba sentado a un lado le preguntó:

-Edgar ¿estás bien?

-Sssii –respondió Edgar- ¿Ppppor queeee no debería de estarlo?

-Porque estás igual de pálido que un muerto, es más, hasta parece que viste un fantasma. Eso sin mencionar qué estás temblando –dijo-

Edgar no respondió, algo dentro de él le decía que todos lo tratarían como un loco si les contaba lo que había visto, además de que si seguía hablando alguien notaría que temblaba y eso podría acarrear problemas. Tal vez Brayan tuviera razón en algo, puede que haya visto a un fantasma y uno que era de temer, ese charro negro no era algo que pudiera calificarse como humano.

Se volvió hacia Brayan y le sonrió:

-No es nada, supongo que me maree un poco y por eso tengo el color. Y tiemblo porque me ha dado frío, esta época del año suelo sufrirla un poco por los aires y el descenso de la temperatura.

-Tal vez deberías irte, puedes decirle al profesor.

-No será necesario, estoy seguro que estaré bien.

Y se volvió a acomodar en su asiento apretando fuertemente la rosa en su mano, de alguna manera esa flor le daba paz y con ello el temblor de su voz y su cuerpo fue remitiendo, aún podía oler ese aroma tan fuerte y agradable del lugar donde estuvo. Pero antes de poder seguir pensando en aquel sitio, la música empezó de nuevo.

VI

Una vez más las notas comenzaron a salir de los violines y la sala se fue haciendo más oscura hasta que lo único que iluminaba en esa negrura eran las notas humeantes y coloridas.

Después de un breve lapso de tiempo la oscuridad se fue disipando para dar paso a la luz de la Luna, todo fue tomando forma y figura alrededor de Edgar quien advirtió que se hallaba en una casa que no era la suya. Los muebles que había en aquel lugar no se parecían en nada a los que había en su hogar, aquí eran más lujosos pero estaban cubiertos de polvo, como si en años nadie se hubiera molestado en pasarles un trapo.

La habitación en la que se hallaba era grande y parecía ser la sala comedor, la luz de la luna entraba a través de unas ventanas estilo francesas enormes, que permitían observar un lago tranquilo y sereno, donde el reflejo lunar era fiel y majestuoso. Comenzó a explorar un poco pero se dio cuenta que nadie vivía ahí, además de que no había electricidad.

Fue y vino a través del inmueble y no encontró señales de ningún ser vivo, ni siquiera ratas o insectos. Todo estaba cubierto de polvo, incluso en el piso dejaba las huellas de sus tenis converse. Comenzó a tener miedo pero algo dentro de él le decía que no había nada que temer y entonces apareció en su mente la imagen de la rosa, inconscientemente la buscó en su cabello sin encontrarla, fue hasta que revisó sus bolsillos que la encontró, la sacó y la apretó como lo había hecho en la sala Sor Juana, cuando todo su cuerpo temblaba, de nuevo la sensación de calma lo empezó a inundar y entonces decidió que si esta vez le tocaba estar en una casa abandonada, con música de violín de fondo y una vista tan hermosa como la que ofrecía el lago, lo mejor sería disfrutarlo y rezar que

el charro negro de su visión anterior no se apareciera.

Tomó una silla y la acercó a las ventanas que daban al lago, estas eran bastante grandes, por un momento Edgar pensó que eran cancelas que daban a una terraza o a un patio trasero pero pronto advirtió que no tenían manija para correrse lateralmente y que solo uno de los vidrios era movable a través de una manija oculta detrás de una cortina que estaba a un lado de ellas.

Fue ahí que se sentó y de nuevo empezó a sentir mucha paz, como la que había experimentado en el campo de maleza negra, el reflejo de la luna lo hipnotizaba y lo llenaba de un bienestar que se le antojaba indescriptible e inalcanzable desde que hubiera muerto su abuela. Fue en ese momento que por primera vez, desde que había iniciado el concierto y sus viajes, pensó en Sam. Todo lo que acudía a su mente eran imágenes de ella sonriendo, caminando, mirando el cielo, claro que aquello era producto de su imaginación pero le parecía tan real que por momentos le pareció que estaba sentada a su lado contemplando el lago tranquilo, pero al voltear no había nadie.

La música de Paganini seguía y seguía, igual que las fantasías de Edgar pero de la misma manera que había sucedido en la visión anterior de repente los violines comenzaron a silenciarse, como si la señal de radio o del teléfono se viera interrumpida, en esos momentos Edgar recordó al charro negro y comenzó a temer pero recordó la rosa y la apretó fuerte con lo cual se llenó de valor y siguió estando sentado y tranquilo mirando el reflejo de la luna. Sabía que algo pasaría, pero estaba listo, de alguna forma se sentía con el valor suficiente de encararlo, entonces aquello hizo su aparición al otro lado del vidrio de las ventanas.

Aquello era una mujer cuyo rostro estaba igual de pálido que el de un muerto, su cabello era negro y estaba enmarañado, como si llevara mucho tiempo sin arreglarlo, sus ojos eran negros y parecían hundidos, su boca formaba una sonrisa siniestra y dejaba a la vista unos colmillos afilados como los del charro negro. La vestimenta de la mujer lucía impecable, llevaba un vestido rojo que cubría todo su cuerpo de los hombros a los pies, tenía mangas por lo cual no se veían sus brazos pero sus manos sí que eran visibles, éstas tenían unos dedos largos y esqueléticos que terminaban en unas uñas que parecían igual de afiladas que sus dientes.

Edgar no sabía qué hacer, ni siquiera sabía con exactitud que o quien era esa mujer pero algo dentro de sí le gritaba que era mejor no verla a los ojos, algo en su aspecto le recordaba una de esas criaturas famosas que salían en películas y novelas de terror, pero su memoria no lograba dar con el nombre, tal vez tratando de defenderse ante la posibilidad de que eso fuera real y es que después de lo visto en el campo tenía la sensación de que todas las visiones que llegara a tener en esa sala mientras sonara

Paganini tendrían la misma realidad que su vida cotidiana.

Pero mientras su memoria trataba de dar con el nombre del ser que se hallaba al otro lado de la ventana comenzó a escuchar una voz en su cabeza:

-Déjame entrar Edgar, si me invitas a pasar tú y yo nos vamos a divertir mucho, te enseñaré todo lo que necesitas para conquistar a una chica y puede que hasta te enseñe unos cuantos trucos más.

La sonrisa que aquella mujer tenía se iba haciendo más y más grande mientras Edgar trataba de recordar el nombre, sabía que si podía dar con él podría saber qué hacer, pero aquella mirada... se sentía bien, era como estar en el campo mirando las nubes, como mirar a Sam sonreír, era... era... como estar en el cielo.

-Vamos Edgar –seguía diciendo la mujer- déjame entrar y haremos lo mismo que haces con esas muchachas en tus sueños, cuando te despiertas con el pantalón del pijama mojado, solo que esta vez será real...

Edgar comenzó a sentir que perdía la batalla y comenzó a acercarse a la manija que abría las ventanas, con ese movimiento pudo ver que aquella mujer no estaba parada sobre nada sino que levitaba... y entonces su memoria dio con el nombre de la criatura y con toda la fuerza de su voluntad se resistió a llegar a la ventana pero era demasiado tarde, había visto los ojos de la mujer y cuando uno veía los ojos de un vampiro era seguro que te ibas al trasto.

La mujer al otro lado de la ventana siguió sonriendo mientras veía que Edgar tiraba de la manija y cuando él dijo que podía pasar la criatura hizo un gesto que expresaba triunfo. Se fue metiendo lentamente a la casa como si lo disfrutara y se fue acercando a Edgar quien para ese momento estaba paralizado y sentía que cada músculo de su cuerpo era de plomo, la voz de la mujer en su cabeza le decía:

-No te preocupes mi niño, no durará mucho y no te dolerá. Después podremos disfrutar un poco de lo que te he prometido, ¿qué tal te parece? Al final no soy tan mala ¿verdad?

Con un paso cansino y lento se le fue acercando, mientras los violines iban y venían en su señal intermitente de radio. En esa cercanía Edgar pudo percibir el olor de la podredumbre y la descomposición que emanaba de la mujer. Justo cuando se inclinaba sobre él algo empezó a brillar en su mano izquierda, algo que había olvidado que tenía y que le había permitido mantenerse tranquilo tanto en la sala Sor Juana como en la casa abandonada contemplando el lago, era la rosa, la rosa del campo donde había estado en su visión anterior. La luz hizo que la mujer lanzara

un aullido como si se hubiera visto lastimada y con ello Edgar pudo desembarazarse de la mirada que lo mantenía hipnotizado con lo cual pudo abrir su mano por completo y mostrarle a aquel ser una rosa completamente blanca y brillante.

Edgar comenzó a recordar que los vampiros no podían tocarle si tenía una rosa como la que él ostentaba en su mano en ese momento, también conocía los métodos clásicos para la eliminación del mismo pero no creía que llegara a ser necesario. Sin embargo si tuvo que poner en práctica uno que nunca creyó llegar a necesitar como en aquel momento, empezó a rezar un padrenuestro con lo cual la luz de la rosa se volvió más intensa y la mujer que se había escondido detrás en las sombras de los muebles de la sala comedor empezó a aullar más fuerte y como alma que lleva el diablo salió volando a través de la ventana por la que había entrado no sin haber sido lastimada gravemente por la luz que emanaba de la rosa blanca.

Los violines y la oración de Edgar entraron en una coordinación perfecta, con lo cual sucedió que cuando estaba llegando al final de la oración los violines fueron remitiendo hasta que se silenciaron por completo y con ello la luz de la rosa también.

De nuevo todo se oscureció, solo que esta vez no hubo notas de colores sino la intermitente luz de la rosa en la mano de Edgar la cual en vez de extinguirse como si fuera una luz normal y corriente se descompuso en varios fragmentos como si fuese polvo y con un último destello se extinguió para dar paso a la oscuridad.

VII

La luz de la sala Sor Juana fue apareciendo lentamente frente a sus ojos y con ella, todos los que estaban habían estado escuchando el concierto. Parecían en completo trance, como si hubieran estado en cualquier otra parte, pero en sus rostros se dibujaba una expresión de satisfacción.

Edgar miró a su alrededor y al mirar la palma de su mano izquierda pudo notar que estaba muy roja, de cierta forma sentía un escozor como si se hubiera quemado, sabía cómo y con qué se había hecho esa herida, sin embargo prefería no pensar ya en ello. Buscó en sus bolsillos y en su cabello la rosa pero había desaparecido, no sabía qué haría sin ella, de cierta forma le había empezado a agarrar cariño, como si fuese un amuleto de la buena suerte, sin embargo ya no se sentía tan mal, los temblores de su cuerpo habían desaparecido y estaba seguro que ese día en la noche podría dormir de un jalón, no habría más pesadillas, todas habían sido vencidas después de enfrentar a la vampira.

Se acomodó en su lugar y miró que la maestra de nuevo se subía al podio

y decía:

-Bueno chicos, lo que viene a continuación es la última pieza que escucharemos –varios chicos abuchearon a la maestra- Sé que han disfrutado tanto de la música como yo, pero todo tiene un final. Dejemos a los maestros interpretar a Paganini.

Acto seguido bajó del podio y se instaló en el mismo lugar que había ocupado durante todo el concierto. Una vez ahí le dirigió una sonrisa al maestro de inglés quien correspondió con una y entonces la música comenzó.

Edgar de nuevo vio que todo se nublaba a su alrededor y la oscuridad se hacía presente, lo único que la interrumpía eran las notas musicales que con su colorido hacían amena aquella negrura. A diferencia de las ocasiones anteriores no sintió miedo, se sentía bastante tranquilo y entonces empezó a percibir una brisa salina y húmeda. La temperatura a su alrededor subió y pronto sintió calor, la luz de nuevo empezó a aparecer y las notas hicieron lo contrario.

De un momento a otro se halló en una calle empinada, debajo de una farola antigua, de esas que se encendían con gas. Miró a su alrededor y descubrió que todas las casas tenían el estilo colonial propio del siglo XVIII. La calle y la banqueta estaban empedradas.

Con un asombro que se igualó al que tuvo cuando miró el reflejo de la luna en el lago miró que bajando por esa calle y otras más se hallaban un puerto. Podía ver las velas blancas de varios barcos y también la popa de algunos otros. Más allá del puerto se hallaba el mar que al igual que el lago reflejaba majestuosamente la luna pero ahora con una nitidez impresionante, era como si hubiera dos cielos, uno encima del otro.

Edgar sintió la brisa marina que soplaba con suma tranquilidad, esta vez no había violines de fondo, podía escuchar con claridad el sonido del mar en el puerto. Comenzó a bajar por la calle, no dejando de mirar de un lado para otro. Las casas estaban bien cuidadas y en casi todas pudo distinguir unos ojos felinos que lo miraban con atención, no se sintió inquieto, algo dentro de sí le decía que nada iba a suceder y que los ojos de aquellos gatos eran familiares, calurosos, hogareños.

Cuando se iba acercando al puerto el sonido del mar se hizo más fuerte pero no por ello insoportable o inquietante, más bien reportaba calma. Mirando de un lado a otro advirtió que había varios marinos tirados en las entradas de bares, algunos de ellos llevaban una botella que seguro contenía vino o ron. De vez en cuando podía escuchar la música que se escuchaba en aquellos lugares, nada nuevo... solo violines.

Justo cuando iba a continuar su camino un gato se le enroscó en sus pies, al mirarlo no pudo evitar levantarlo y acariciarlo. Entre ronroneos el animal se removía en los brazos y el pecho de Edgar quien siguió caminando hacia el puerto.

Ya en el muelle advirtió que el cielo comenzaba a clarear y con ello algunas aves lo surcaron. Edgar se sentía tranquilo y feliz, por una vez en varias semanas no sentía aquel vacío que lo transportaba al abismo a través del cual caía, el abismo de la locura, del miedo y de la muerte.

Contemplando el amanecer comenzó a llorar, nunca había contemplado algo tan hermoso, el cielo comenzaba a clarear pero al mismo tiempo se teñía de un naranja intenso, el sol poco a poco se iba elevando, inundando al mar de un brillo que la luna nunca podría igualar, el viento y el sonido de las olas solo hacían más majestuosa aquella imagen. Comenzó a recordar a su abuela y con lo cual sus lágrimas brotaron de sus ojos cual río, pero no lo hacía porque estuviera triste, sino porque en ese momento sentía que se liberaba de todo aquello que lo atormentaba, de todos sus miedos, de todas sus inseguridades.

El sol seguía elevándose y el gato en sus brazos comenzó a retorcerse pidiendo su liberación, Edgar lo soltó y siguió contemplando el amanecer. Fue que los violines de nuevo empezaron a sonar y comenzó a sentir que se elevaba y se elevaba, entonces todo se oscureció, las notas iban y venían hasta que el ritmo fue disminuyendo y se acabó la pieza final del concierto.

La luz de la sala Sor Juana volvió y Edgar pudo ver que todos los que habían escuchado el concierto tenían una sonrisa en sus rostros. Se miró la ropa y vio que había algunos pelos de gato, ya no se exaltó, sabía que de ahora en adelante todo estaría bien.

Epílogo

Era 31 de Octubre y la fiesta planeada por los amigos de Edgar se estaba llevando a cabo en la casa de Brayan. Todos los asistentes hablaban, bailaban, cantaban y bebían, la mayoría eran sus compañeros de grupo en el CCH, los demás eran vecinos, amigos de la secundaria o primos.

La fiesta se desarrollaba con normalidad y los asistentes concordaban en que se la estaban pasando bomba, sin embargo Edgar aún se hallaba un poco indeciso sobre invitar a bailar a Sam. Desde aquel día en la sala Sor Juana había cambiado, sus amigos y sus padres lo habían notado, y para fortuna de ellos el cambio había sido para bien, ahora era más seguro y confiado, hablaba y sonreía más, cosa que había ayudado a que le hablara a la chica de la cual estaba enamorado. Aprovechaba cualquier oportunidad para platicar con ella y hasta a veces se iban juntos, realmente parecía que había química entre ellos, pero ese día,

precisamente en la fiesta no había ido a buscarla para bailar.

No fue sino hasta que sus amigos comenzaron a molestarlo que se decidió a hacerlo, camino a través de la sala de estar hasta la mesa donde Sam estaba, le dijo:

-¿Bailamos?

-Llevo esperando toda la tarde a que me lo pidas-dijo ella sonriendo-

Ambos caminaron hacia la pista y mientras *Hold me now* sonaba en el estéreo y comenzaron a bailar.

10 de enero de 2020-17 de enero de 2020